

# URIBE ANGEL Y SU EPOCA

ALFREDO NARANJO VILLEGAS

Los primeros pasos. Es fascinante el seguimiento de cierta enfermedad a través de los estudios de nuestros bisabuelos médicos. El del paludismo, por ejemplo, rastreado por uno de nuestros más señalados investigadores: El doctor Andrés Posada Arango, en sus "Consideraciones sobre los efluvios telúricos" sostiene que "el suelo de los países cálidos, más o menos húmedo, exhala emanaciones que, como las de las ciénagas, contienen el germen productor de la afección intermitente y que ese germen morbífico penetra a nuestro organismo por el aparato respiratorio con sólo pasar a inmediaciones de los pantanos. Durante el día los efluvios, arrastrados por el calor solar suben a las partes superiores de la atmósfera, permitiendo así que durante el día puedan visitarse sin peligro los pantanos, como no puede hacerse cuando el sol se pone". Ya en 1909 se ha rendido la evidencia y acepta el papel fundamental del anopheles.

Esta inmunización, por así decirlo, de la cultura del paludismo y la fiebre amarilla, se señala por Uribe Angel en su novela histórica "La Serrana" publicada en 1885 y así anota que pasados 400 metros de altura sobre las vertientes de las montañas que mueren a orillas del mar "la acción climática se dulcifica, y el vómito prieto desaparece, lo que demuestra en cierto modo que su causa eficiente se debe a un principio de infección marítima, cuya eficacia mórbida se destruye en esas regiones. En cambio, a nivel del mar, no sólo la fiebre amarilla causa estragos...porque las fiebres palúdicas, en todas sus variedades, desde la perniciosa algida, rápidamente mortal, hasta la transitoria y efímera, de escasa significación, todas se muestran con frecuencia, haciendo de las costas y de los valles interiores paisajes malsanos deletéreos..."

Es posible que a más de uno despierte piadosa sonrisa las que hoy consideramos hipótesis ingenuas, la misma que despertarían las de Trousseau sobre la angina de pecho. Tal vez sea más indulgente el anatomopatólogo que a la vista de las lesiones macro o microscópicas de la enfermedad, piensa que el clínico razonó premortem y el patólogo examina el cadáver.

En cambio cuando ante el Beriberi predominó la teoría hídrica, Julio Restrepo se aparta de la opinión predominante mediante un juicio en que resplandecen la observación y la lógica, madre e hija respectivamente de la clínica.

En el caso que nos ocupa, un médico, el doctor Juan B. Tamayo, desde Anorí, hace la descripción correcta del proceso. Pero se pierde en la conclusión final y cae erróneamente en la naturaleza hídrica, que ha llevado a un tratamiento equivocado. Julio Restrepo toma los datos clínicos de su colega, pero ahonda más: analiza las condiciones de trabajo y de alimentación de patronos y trabajadores en aquella región y encuentra que los peones en quienes se presentó la enfermedad sólo recibían carne y chocolate en la alimentación, en cambio los empleados recibían buena porción de verduras adicionales. Entre ellos no hubo casos de beriberi. Pero, además, hizo la contraprueba: Dió verduras a los beribéricos y desapareció la enfermedad. Es esta la razón por la cual he sentido siempre el más profundo respeto por este insigne maestro, uno de los cuatro primeros graduados de nuestra Facultad de Medicina.

Dentro de aquella generación de médicos de la segunda mitad del siglo XIX conocemos algunos nombres que han tenido mayor reconocimiento que otros. No me ocuparé de los Quevedo que tan fundamental papel desempeñaron en nuestra medicina, y en nuestra vida cultural, porque han tenido biógrafos mas afortunados que el que ahora les habla a ustedes. Voy a ocuparme de unos pocos galenos que dignificaron no sólo su ejercicio profesional y por ende la medicina, sino que alcanzaron tal influjo algunos de ellos que sus vidas se confundieron en el momento dado con hechos cruciales del acontecer político.

### **DIMAS ESTRADA**

Uno de los sobresalientes galenos que ejercieron en Medellín en el siglo pasado fue el doctor Pedro Dimas Estrada, de cuya fama dan testimonio cronistas como Eladio Gónima que en sus deliciosas crónicas sobre la "Historia del Teatro de Medellín" alude a él como "el famoso médico", al contar lo sucedido al final de una función de ópera, que por poco le cuesta cárcel al eminente hombre de no haber sido por la intervención del Prefecto señor Pascasio Uribe que evitó semejante desafuero. Su actividad profesional cubrió todos los estratos sociales, desde la humilde choza hasta las más ricas mansiones. Fue, en palabras de Uribe Angel "El razonador más poderoso en cuestiones medicinales", y ejerció con tal éxito y tal dedicación que, agrega el mismo, "pudo llegar a ser opulento y murió pobre". En julio de 1888 fue elegido para presidir nuestra Academia de Medicina al cumplirse el año de fundación. Pero en agosto hizo su tránsito a la eternidad, privándonos así de lo que seguramente hubiera sido un venero de enseñanzas, cuando ya, gracias al apoyo oficial, la Academia tenía su órgano de divulgación escrita. Los funerales de Dimas Estrada fueron la ratificación de su prestigio. Don Fidel Cano comentó así sus honras fúnebres: "jamás se había visto aquí nada semejante a lo que ahora ha pasado: nunca la sociedad entera se había reunido con tan sincero y vivo interés en torno al lecho de un moribundo...y alrededor de ningún féretro se han juntado más espontáneamente ni con más cierto dolor las clases, los gremios y los partidos...El encargo que él llenó santamente en la tierra fue el de batallar con el dolor ajeno".

### **ANTONIO MENDOZA**

El doctor Antonio Mendoza, bogotano de nacimiento y rionegrero por adopción, se formó al lado de Broc, de Daste y de Merizalde. Ejerció con singular acierto su profesión de médico y tuvo destacadísimo papel en Ambalema, cuando desterrado a raíz de su aventura frustrada a favor de la dictadura de Melo, hubo de enfrentar una epidemia de viruela en aquella ciudad. El doctor Mendoza fue más de una vez Gobernador de la provincia de Córdoba por elección popular o por decreto presidencial y fue un hidalgo cuando tuvo que acudir a medidas que afectaban a sus adversarios políticos. Tal fue el caso cuando se hizo cargo de la Gobernación del Estado de Antioquia, al decidir el General Mosquera radicarse en Rionegro para dejar caer todo el peso de su espada amenazadora como intimidación a los constituyentes del 63. El nuevo gobernante iba apagando pasiones y sembrando paz en el Estado gracias a la sencilla práctica del salmista: la justicia y la paz se besan.

Pero se vió impedido al dar cumplimiento a un decreto de Estado que imponía una contribución de cien mil pesos para la compra de armas, ordenando por él mismo "que el repartimiento se hiciera entre los pudientes de cada Distrito". Cuenta Eladio Gónima que la Junta respectiva para hacer el reparto correspondiente a Sopetrán, lo hizo entre unos pocos conservadores, que ante la injusticia acudieron al Gobernador. Este lo anuló, ordenando que se hiciera uno de nuevo teniendo en cuenta lo dispuesto por el artículo 3º. La respuesta de la Junta fue ampliar la lista, pero sólo con nombres conservadores, que también reclamaron.

Demostrado el sectarismo de la Junta, Mendoza los removió a todos, y nombró a otros que, aunque cargaron la mano a los conservadores, hicieron reparto general. Pero como ni los sectarios ni los tráfugas perdonan, los removidos se hicieron elegir Delegados a la Convención de Rionegro. Allí todo proyecto gubernamental era combatido, y como al ser expedida la nueva Constitución esta disponía el nombramiento por la Asamblea del primer Presidente Constitucional del Estado la elección favoreció a don Pascual Bravo. Los "sombrereros" (así se denominó a la fracción que llegó a tener predominio en la convención) habían tomado venganza del doctor Mendoza, que de nuevo se refugió en el ejercicio de su profesión, en la que se aunaban excelentes dotes de eficiencia y de apostolado.

### **MANUEL VICENTE DE LA ROCHE**

Ardía en el Cauca otra de nuestras guerras civiles y al aproximarse el incendio a Cartago donde ejercía noblemente su profesión de médico el doctor Manuel Vicente De la Roche, decidió trasladarse a Medellín donde se respiraba al menos relativa tranquilidad. Acá ejerció con el mismo éxito que en su tierra natal y cuenta el doctor Andrés Posada Arango (cita del doctor Emilio Robledo) que De la Roche fue el primero que identificó el tun tun con la anemia de los mineros de Shaminitz y que enseñó a tratarla. Agrega el mismo Posada Arango (recuérdese que De la Roche fue su formador médico) que el cartagenés, Médico Legista sagaz observador, fue en más de una causa célebre, poderoso auxiliar de la justicia.

Y de nuevo hay un recodo de la vida del doctor De la Roche en que sus convicciones políticas lo llevan a enfrentarse con el General Mosquera, que aunque alardea sin cesar de sus blasones no se comporta con la hidalguía ratificadora. Cuenta Eladio Gónima que De la Roche es colocado en capilla para ser ejecutado, porque al imperator se le propuso que el gran médico influía en el ánimo del obispo Riaño para que no se sometiera a los decretos de tuición y desamortización. A no ser porque el Prelado decidió confiar a la conciencia de los sacerdotes someterse o no, De la Roche hubiera sido ejecutado.

Y puesto que he rematado en lo anecdótico porque relata la nobleza de nuestros antepasados médicos que sabían colocarse en la cresta de la ola cuando obligaba la caballeridad, por qué no subrayar que ante la condena a muerte De la Roche, y la conmoción suscitada por el hecho en todas las esferas sociales, el doctor José Ignacio Quevedo, adversario político pero hermano de profesión fue de los más activos en tratar de impedir la consumación del crimen. Es que el doctor Quevedo sabía ser caballero. Lo demostró en otra circunstancia: Cuando don Pascual Bravo puso en ejecución la ley de expulsión de las monjas del Carmen, el ilustre médico, en compañía de don Mariano Uribe y de don Marceliano Restrepo, también liberales, preparó la casa que ocuparían provisionalmente las pobres monjas condenadas a destierro.

### **EDUARDO ZULETA**

Ignoro la trayectoria médica desde el punto de vista del ejercicio profesional del doctor Eduardo Zuleta, pero en cambio hay constancias repetidas de lo que a sus dotes de organización debieron la Escuela de Minas, la Universidad de Antioquia que lo tuvo como a uno de sus mejores rectores y la Escuela de Medicina a la que dotó, entre otras muchas mejoras, de anfiteatro para los estudios de Anatomía, Cirugía, Medicina Legal, Bacteriología e Histología, como anota el inolvidable historiador Julio César García.

Pero hay otro aspecto del insigne egresado de la Universidad Nacional de Bogotá y del Columbia College. Por aquellos años de la última década del siglo XIX no



faltaron acuciosos pedagogos que demostraban su adhesión al régimen imperante deshonrando las aulas universitarias con la implantación de cepos, calabozos y otros medios deprimentes de una absurda pedagogía. Lo muestra con insuperable maestría el doctor Alfonso Castro en su novela "El Señor Doctor". Y es el caso de dejar pública constancia ante esta auditoria de lo que la Universidad debió al estudiante rebelde. En su novela cuenta el origen del crucial encuentro entre Paco Cuéllar y las autoridades universitarias que hizo trepidar la disciplina inquisitorial abolida cuando en 1896 asumió la rectoría del doctor Eduardo Zuleta que tanto se hizo querer de los estudiantes por su sentido de tolerancia sin claudicación, de justicia y sobre todo por su comprensión.

## LA ENSEÑANZA DE ANATOMIA

Un buen tramo de historia en la enseñanza de la Anatomía va desde el maniquí del cuerpo humano traído a mediados del siglo XIX por el Dr. Juan C. Uribe, y las primeras disecciones practicadas por el Dr. Justiniano Montoya, (según contaba a Emilio Robledo su maestro Julián Escobar) hasta el logro de un anfiteatro específicamente destinado a Anatomía, dentro del propio edificio de la Facultad de Medicina, logro alcanzado de la Asamblea de Antioquia por la tenacidad, el sentido de organización y la visión ampliamente perspicaz que fueron características del Dr. Eduardo Zuleta. Cuántos recuerdos, cuántas tragedias, cuántas evocaciones diseminadas en confesiones autobiográficas o en novelas históricas. Ya en el tético relato de R.B. sobre La Cabeza de Guatí, por la década del 80 cuenta que "...a la una de la tarde llevamos el cadáver a una casita pajiza situada a sesenta pasos del viejo cementerio (de los pobres) que los estudiantes de medicina pagábamos para hacer en ellas las autopsias...". O como en el relato de UN CASO de Alfonso Castro que comienza: "Era después de dejar el cadáver vuelto pingajos sangrientos sobre la mesa de zinc, colocada en el gran patio del viejo y ruinoso cementerio, habilitado de anfiteatro..." y que aparece plasmado en el logotipo que ilustra el programa de este encuentro. También Alfonso Castro, en su novela aparentemente autobiográfica ya citada "El Señor Doctor" describe una escena macabra de estudiantes en el propio cementerio de los pobres.

Y cuánto va del cuarto para conservación de piezas anatómicas, cuando no había nevera, que Alvaro Restrepo Euse consiguiera dentro del propio local del San Lorenzo hasta los modernos refrigeradores y el formol con que el estudiante de hoy ignora que los bisabuelos médicos ahogaban las náuseas de la insoportable corrupción cadavérica ingiriendo aguardiente, ron, o un brandy ordinario. Esto sólo, para no hablar de tantas otras privaciones que padecieron los antepasados, debiera bastar para inspirar un admirativo recuerdo de gratitud! Al fin y al cabo es lo que nosotros estamos haciendo ahora!

Sobre el ejercicio profesional por los últimos años de vida de Uribe Angel, es decir finales del siglo XIX y comienzos del XX, hay varios escritos que reflejan el sentir de los autores contemporáneos cuyos personajes son identificables en cualquier tiempo por la repetición de virtudes y defectos en perenne relevo de generaciones.

Ramón Pérez, que así, tras ese nombre, se recataba Lisandro Restrepo, vbgr, en sus "Memorias Intimas" describe una Junta Médica ante el lecho del señor Cogolludo, cuyo médico de cabecera era el doctor Carvajal. los médicos "citados a junta eran ocho, que no llegaban solos, pues que trajeron otros ocho que por cariño al enfermo y por amor a la ciencia se habían ofrecido desinteresadamente (?) - sic - a asistir a la junta". Paso por alto las consideraciones que cada uno hace, las exposiciones entre serias y petulantes sobre diversas hipótesis diagnósticas, sin que falte la inevitable puya, traducción del celo profesional de alguno, contra el médico tratante. El único

que no había proferido palabra en todo el curso de la sesión fue “el doctorcito Manjarrés”, recién llegado de Bogotá donde había hecho sus estudios. Se atrevió a pedir la palabra para observar “que estamos incurriendo en una irregularidad que no me explico. Según entiendo ninguno de nosotros, excepción hecha del doctor Carvajal, ha examinado personalmente al paciente por lo que se puede afirmar, concluye, en “que se están dando palos de ciego...”

“El orador se sentó, y como por encanto sus oyentes exclamaron en coro: Tiene razón Manjarrés. Y como es que no se nos había ocurrido cosa tan clara?”. Saque cada uno sus propias conclusiones y diga si encuentra o no analogías. Pero es en “Rara Avis” de Gaspar Chaverra, como Lucrecio Vélez resolvió llamarse, donde se repiten finas ironías, como aquella respuesta del tabernero impaciente que gira a corto plazo sobre la muerte del paciente rico, presa de enfermedad grave.

- Sosiéguese hombre, sosiéguese, capitalice y espere,” (dice un deudor)
- Ocho días; nada más que ocho. Si de aquí allá no se ha muerto, rompo la sesión y el cabestro, aunque nos lleve el diablo a todos. Más vale”. (dice otro)
- Tenga fe, hombre (comenta otro de los amigos). Lo asisten cinco doctores.
- Alguna esperanza es (exclama el tabernero).

Y leáse este relato de algunos de los miembros de la junta médica de don Luis Benavides. Este, a quien no dejó su fiel esclava Simona que le administraran los medicamentos prescritos por las eminencias médicas, para sustituirlos por los caseros que ella conocía, había mejorado extraordinariamente. Y “hablando del prodigio de la curación de don Luis...le decía el doctor Fontana (que ignoraba que esa curación se la debía a Simona) le decía, repito, el doctor Fontana a uno de los parientes acuciosos con miras a herencia:

- “Es una droga nuevecita, que acaba de ingresar al arsenal de la terapéutica; ha curado en pocos días al príncipe de Gales de una afección muy semejante a la del señor Benavides...”
- El doctor Tamayo temía algo cardíaco. Tiene la monomanía de lo cardíaco; pero realmente no hay nada en el corazón: la víscera ha funcionado siempre bien. Y la hinchazón de las piernas? le preguntó don Conrado.
- Es sintomática, desaparecerá. En mi último viaje a Europa, que fue mi tercera convicción política, hice un estudio prolijo de la enfermedad y de la droga. Figúrese usted: tenía a mi disposición el Instituto San Luis, y tuve la oportunidad de ver al príncipe, de relacionarme con él y de hablarle de su enfermedad y curación. Simpatiquísimo. Nos escribimos y últimamente me ha mandado la Orden de la Jarretiera (sic)... La Orden no puede tener sino 26 miembros...”

Ha corrido un año de la curación de don Luis. Pero ha recaído, ahora sí, sin esperanza. En los umbrales de la agonía,”...salió el padre y entró don Conrado con los médicos. Fontana le tomó el pulso. Volvió a soltarlo y se quedó contemplando el enfermo en silencio. Era el mutismo de la impotencia. Aquello no tenía remedio. La muerte iba a triunfar. Don Conrado interrogó al doctor con la mirada. Fontana meneó la cabeza y se inclinó sobre las costillas del lado izquierdo del enfermo. Escuchó durante algunos instantes, se incorporó después y volvió a tomarle el pulso. En seguida metió las manos por debajo de los cobertores para inspeccionar los pies. Estaban fríos, con la algidez de la muerte. Simona trajo una plancha caliente envuelta en un pedazo de bayeta para calentarlos.

- Don Conrado volvió a interrogar a Fontana.
- La esparteína - respondió el doctor - puede reanimarlo un poco.
- Póngasela, propuso el deudo.

Tamayo le metió el jeringazo. El enfermo abrió los ojos y se reanimo un poco. La droga se había asimilado...”

Pero la gravedad continuaba. Y es, entonces así, cuando el doctor Fontana dice: “Quieren que hagamos venir al doctor Pastrana?”

— Si amanece vivo no estará por demás.

— Ahora mismo, si les parece, dijo don Conrado...

“El doctor Pastrana, hombre docto, prudente y sin farándula estuvo un rato contemplando en silencio el cadáverico semblante del enfermo...frunció el entrecejo y los labios y salió con sus colegas...hubo junta formal en el comedor...”

— No hay sujeto, dijo el doctor Pastrana.

— No se alimenta - añadió Tamayo - por relajación, o mejor dicho por paralización probable de los vehículos conductores. La faringe no funciona. Creo que habrá necesidad de apelar a la traqueotomía.

— En todo caso hay que alimentarlo dijo Fontana. Es mi opinión.

— Y le volverá la palabra? preguntó Castellanos, dirigiéndose a Pastrana.

— Es posible que le vuelva: pero lo probable es que no. Está en un estado en que todo pronóstico es difícil, casi imposible: pero, como uds. saben, se han visto casos de verdaderas resurrecciones. La fisiología es lo fenomenal, lo inesperado.

— Y la operación? Volvió a preguntar Castellanos.

— Me parece contraindicada, dadas las condiciones patológicas del enfermo. Y como Pastrana aconsejara lavados como medio de alimentación rectal, Tamayo “observó en desquite, son inducentes en el presente caso”. Se traba entonces una discusión sobre posibilidad o no de asimilación, y como Tamayo sonriera, Pastrana responde entre otras razones: “...Yo tengo en mi casa más de doscientos volúmenes sobre ciencias médicas perdidos, y hoy me alimento del artículo del periódico del día o de la observación propia...La vida será siempre un misterio y la medicina generalmente un fracaso... La medicina va hasta cierto punto: pero no va hasta el punto cierto”.

## EL EJERCICIO MEDICO RURAL

Uno de los pocos médicos de fuera de esta ciudad de quien se conocen datos de utilidad histórica para la medicina es el doctor Antonio Mauro Giraldo. Por benevolencia de sus nietos he tenido oportunidad de conocer la Autobiografía inédita - que escribiera dedicada a su hijo Bernardo.

En agosto de 1897 inauguró el Ferrocarril de Antioquia la estación de Caracolí. Y por exceso de velocidad al regreso de Puerto Berrío, el tren se salió de los rieles en la curva de Marengo. Hubo 50 muertos entre los que fallecieron en el propio lugar de la tragedia y los heridos que sucumbieron posteriormente. Era el doctor Emiliano Henao médico de la empresa y a él, y al doctor Giraldo (que ejercía en Santo Domingo por aquella época) tocó afrontar de lleno la catástrofe en el Hospital de San Rafael, cerca de Pavas. “Dormíamos en Pavas; ... Viajábamos y trabajábamos todos los días desde las 7 de la mañana hasta las 6 de la tarde; amputábamos brazos y piernas, resecábamos costillas; arreglábamos mandíbulas y narices, extraíamos esquirlas del cráneo; tratábamos neumonías traumáticas y traumatismos de todo género”. Al cabo de ocho días, cuenta Giraldo, regresó a Santo Domingo con fiebres palúdicas.

Es apasionante la lectura de esas páginas en donde ejemplariza el colegaje. Como el que lo unió con el doctor José J. De la Roche, que hicieran en Nueva York sus estudios de medicina. Fueron ellos dos quienes enseñaron a las señoras a hacerse

asistir por médicos sus partos, contribuyendo a la exclusión de comadronas. Y como la asepsia y la antisepsia comenzaban apenas a emplearse entre nosotros, fueron estos dos médicos sus introductores en el oriente de Antioquia.

De entre su casuística, me llama la atención el caso epiléptico a cusa de la cicatriz quirúrgica años después de extraerle una estaca que, destinada a un perro, hirió al soldado en el parietal derecho. Operado, la cicatriz ósea irritaba la corteza cerebral: no volvió a presentar ataques. Por esos mismos datos sabemos que en oriente, como en todas las regiones del departamento abundan a finales del siglo XIX como a comienzos ( y en los estertores) del XX los parásitos intestinales: tenias, ascárides, tricocéfalos y uncinarias. Véase, como curiosidad, el tratamiento de la anemia tropical que aplicaba el doctor Giraldo: para niños: cápsula de Quenopodio de 0.30 grms, leche de higuérón 25 grms, sulfato de magnesia 25 grms.

Adultos: cápsula de Quenopodio 0.60 cent, leche de higuérón 30 grms, sulfato de magnesia de 30 a 45 grms.

Administrada así: la cápsula por la mañana en ayunas, la pasa con agua fría; la leche a la hora en aguadulce; la sal dos horas después en agua fría. Dieta rigurosa todo ese día.

### URIBE ANGEL

Me he ocupado más de una vez del doctor Manuel Uribe Angel. He mostrado cómo desde que en 1853 se radicó en Medellín no hubo progreso médico al cual no se hubiera vinculado. Fundada nuestra Facultad de Medicina gracias a la intervención de Marco Aurelio Arango vocero de Pedro Justo Berrío ante la Asamblea de Antioquia, Uribe Angel fue de los primeros profesores con que contó la nueva Facultad. Participó activamente en la dirección del Hospital San Juan de Dios y aparece vinculado su nombre a cuanta iniciativa y colecta en beneficio del mismo hospital surge en la capital del departamento. He mencionado el peso que sus opiniones tuvieron en la Academia de Medicina por él fundada, recalcando como su prestigio profesional no sufrió eclipse, prolongándose hasta la vejez y más allá de su muerte, como veremos luego. Es suficientemente decididor el hecho de que el doctor Fco. Javier Zaldúa fuera paciente suyo antes de asumir la presidencia de la República. Examinado Zaldúa por Uribe Angel y J. V. Uribe un año antes de tomar posesión, le fue diagnosticada la presencia de granulaciones miliares en la cima de ambos pulmones (V. Revista Médica de Bogotá. Febrero 12 - No 81 - Año de 1883). El hecho es que la presidencia de Zaldúa se caracterizó por el obligado encierro del mandatario debido a sus múltiples recaídas de "bronquitis", como eufemísticamente se llamó la afección ante la opinión pública (por cierto que en el primer decreto de Zaldúa figuró Uribe Angel como secretario de Instrucción Pública). Dicha afección llevó a la muerte del mandatario antes de terminar su período.

Pero el influjo de Uribe Angel no se limitó al campo médico. Fue igualmente profundo en otros (recuérdese su Geografía de Antioquia que no ha dejado de ser importante texto de consulta) y sus contribuciones a la historia (V. su "Compendio Histórico del Estado de Antioquia") y a la literatura. Cuando estuvo en el Perú, conoció a don Simón Rodríguez, el que fuera maestro del Libertador y quien contara a Uribe Angel del juramento del Aventino que, cierto o imaginado por el excéntrico Rodríguez con posterioridad a la epopeya bolivariana, pasó como verídico a las páginas de nuestra historia patria. Fue fundador de la Academia Antioqueña de Historia, ciego ya. Presidió casi todas las tertulias literarias finiseculares con que contó Medellín en el siglo XIX.

Vives Guerra (José Velásquez García) autor de la frase lapidaria sobre Uribe Angel: era de los que preguntan "qué tiene? y no, cuánto tiene?" relata la escena



presenciada por él, que muestra la extensión de conocimientos del envigadeño: como Uribe Angel fumaba cigarro tras cigarro, Fidel Cano le preguntó si era cierto que el tabaco apaga la memoria, él interrogando preguntó:

— ¿Usted entiende el Latín, Fidel?

— Sí doctor, algo se me alcanza.

— Pues oiga:

Y enseguida empezó el doctor Uribe Angel a recitar las "Eglogas", de Virgilio, los "Tristes" de Ovidio, y no recuerdo qué más, en el más puro latín, según afirmaban don Fidel y el doctor Villegas.

Terminada la recitación, el doctor Uribe Angel, siempre sonriendo, agregó:

— Bueno les dí la lata de latín, y voy a darles la griega y otras.

Y sin soltar el taco (sic), empezó a recitar en griego grandes trozos de la Iliada, después recitó en inglés, a Byron, en francés a Bossuet, en alemán a Goethe, y no recitó en indú a Tagore, porque aún no sonaba. (Julio Vives Guerra en "Gestos de mi ciudad y otros").

Carlos E. Restrepo fue de los contertulios del glorioso médico; describe con maestría los pormenores del homenaje que la tertulia literaria rindió a Uribe Angel, ya ciego, para conmemorar su cumpleaños el 4 de septiembre de 1895. "Nada hay más triste que asistir a los funerales de la propia inteligencia", le decía en alguna ocasión. Y comenta Carlos E.: "Puede él estar seguro de que esta tristeza no tiene razón de ser si ha pasado por su alma, y de que no amargarán las postrimerías de su existencia, porque bien merece morir con toda lucidez de entendimiento quien nos dijo la noche que memoro: "mi corazón no está viejo".

En 1896, en el 76 aniversario de nacimiento Uribe Angel fue objeto de similar homenaje. Y el Dr. Eduardo Zuleta que fuera comisionado por el anciano médico para responder al discurso de ofrecimiento que pronunció el Dr. Carlos E., hacía a un amigo la síntesis de su improvisación: "Vea: yo no sé lo que dije allá, pero la permanencia en la casa del Dr. Uribe el día de su cumpleaños, me produjo una sensación gratisima. Es mucho andar en el camino de la gratitud y hasta de la estética, hacer lo que han hecho los amigos del Doctor y los habitantes de Envigado. Nuestro pueblo antioqueño...es de los pocos que dan el ejemplo de exaltar en vida y públicamente a un hombre que no tiene ni prestigios militares, ni riquezas de las que deslumbran a las gentes vulgares, que no es jefe de partido político, y, en fin, que no tiene ninguna de las condiciones externas que seducen y arrastran por lo general a las masas frívolas...Esta fue una manifestación espontánea y sincera, una fiesta que no se anuncio por carteles de colores en las esquinas, ni tuvo oradores previos para despertar entusiasmo. Vea Ud. que eso de hallar reunidos al lado de un hombre pobre y enfermo a individuos pertenecientes a diversas opiniones políticas, a ancianos venerables, a sacerdotes, abogados, médicos, literatos, a jóvenes que entran a la vida del estudio y a los artesanos honrados e inteligentes de este pueblo que está libre de las envidias y maldades de la demagogia, es un hecho que alienta a los que van siguiendo las huellas del maestro que ha dado ejemplo de desprendimiento, de labor constante, de amor a la humanidad y de interés verdadero y fecundo por el bien público..."

En 1922, diez y ocho años después de su muerte, la Asamblea de Antioquia se dispone a conmemorar el centenario de su nacimiento. Alfonso Castro y Rafael Agudelo sustentan las razones para la conmemoración. Es un recuento admirable de cuanto hizo el maestro. "Pero no es el número ni la calidad de los trabajos médicos



lo que da mayor realce al Dr. Uribe Angel (dicen en uno de los más bellos párrafos de su informe); lo sobresaliente en él, lo que cautivó la admiración y el afecto de sus contemporáneos, labrando un santuario de gratitud en la conciencia pública, fue la manera altruista y noble como ejerció su profesión en su larga y meritoria existencia. Desde el primer momento comprendió que la labor del médico no era sólo la del clínico o terapeuta, sino también la de sostén y guía moral de los que sufren. Comprendió que la bondad del corazón y la rectitud de las intenciones, libre el ánimo de apetitos e intereses, valen a veces más y son de mayor potencia cordial que un medicamento activo o una severa actitud académica. Fue médico del alma al par que médico del cuerpo y por eso supo sonreír con benéfica sonrisa paternal y enjugar muchas lágrimas. Respetó el dolor como una de las cosas más respetables de la vida...”

Han transcurrido noventa años de su muerte! la medicina ha sufrido violenta fractura al golpe de la técnica. El médico ha sido rebajado al deprimente calificativo de “vendedor de salud” desde el instante que Shylock se instauró en el santuario hipocrático. Sin embargo, sigue resonando la voz de Uribe Angel desde el fondo de su tumba: “...no quiere decir que los afanes y desvelos del médico...no tengan derecho a justa remuneración, porque en realidad hombres rodeados de obligaciones...bien necesitan poseer medios bastantes par desempeñar dignamente sus deberes...Pero no olviden que en la superposición de las capas sociales, debajo de los opulentos están los simplemente ricos; debajo de estos los medianos haberes; siguen los artesanos y a éstos los obreros, y, en último término los pobres de solemnidad; y que mediten que para estos últimos hay hambre que atormenta, desabrigo que enferma, tristeza que aniquila y escasez absoluta que mata. A estos últimos deben dedicar sus cuidados con el mismo esmero con que los consagren a los favorecidos de la suerte”. Fue una de sus admoniciones finales.